

CAPÍTULO PRIMERO

El sol calentaba todo mi cuerpo, percibiendo una sensación de paz que hacía tiempo no experimentaba, tumbada en la piscina del hotel, leyendo un buen libro. Me gustaba leer, pero no tenía tiempo para hacerlo con la frecuencia deseada. Me encontraba a gusto y liberada de tantos días de presión como tuve en el trabajo. Había sido una carrera contra reloj, para llegar al punto en que ahora me encontraba. A mis treinta años llevaba un gran recorrido profesional, y eso que había empezado desde abajo. Mi familia no pudo proporcionarme los estudios universitarios que hubiera deseado, pero eso más que un obstáculo me lo tomé como un reto. No le debía nada a nadie, solo a mi esfuerzo y tesón. Cuando terminé los estudios obligatorios comencé a trabajar de dependienta en unos grandes almacenes. Aquel trabajo no me gustaba demasiado, pero me proporcionaba el dinero suficiente para seguir estudiando, así que pasé siete años trabajando y estudiando *marketing* de empresas en mi tiempo libre. Antes de conseguir la titulación logré poco a poco meter cabeza en el departamento de *marketing* de mi empresa, con lo cual la experiencia acompañaba a la titulación.

Años más tarde me contrataron en Loewe como ayudante técnico, pero mis miras profesionales eran mucho más altas, no quería estar a la sombra de nadie, por muy importante que

la empresa pudiera ser. Quería desarrollar un proyecto que fuera solo mío y hacerlo triunfar. Los trabajos —al igual que los hombres— no me duraban mucho. En cuanto conseguía el objetivo propuesto me aburría y perdía todo interés por ellos. Necesitaba grandes retos que me pusieran las cosas difíciles. Mi vida había sido una continua lucha y necesitaba sentirme luchadora en el trabajo, esa era mi forma de vivir. En la actualidad trabajaba en una clínica de belleza. Había sido complicado dejar la empresa tan importante en la que trabajaba para marcharme a un proyecto que acababa de empezar. La empresa era pequeña, pero el puesto que me habían ofrecido era grande: me contrataron como directora general del departamento de *marketing*. La nueva empresa tenía grandes problemas económicos y no terminaba de abrirse mercado en España. Tenían un gran respaldo fuera de España, era número uno en Sudamérica, donde la cirugía estética era uno de los mayores ingresos económicos, pero había que conseguir hacerse fuerte en Europa. Todo aquel éxito que esperábamos conseguir pasaba por mis manos, tenía que lograr que despegara al más alto nivel. El primer contacto me convenció, tenían plena confianza en mi proyecto y en mí, así que acepté casi de inmediato. Allí me sentía realizada, era un trabajo difícil y me suponía un reto diario. Sabía que aquello me supondría interminables horas de labor, pero no me importaba, mi trabajo era lo primero y más importante en mi vida. Tenía una meta, llegar a lo más alto, y nada ni nadie me lo iban a impedir, me sentía una depredadora y renunciaría a cuanto me impidiera conseguir esa meta. Aun así, no todo eran cosas buenas. Tamaña dedicación me privó de tener una vida normal, pero no me importaba, mi trabajo en aquellos momentos me llenaba plenamente.

Estaba encantada, desde que trabajaba allí todo había mejorado. Entré en negociaciones con una gran empresa de

publicidad que nos haría un par de campañas a escala nacional. Depositó muchas esperanzas en aquella reunión, tenía que darlo todo, porque me lo jugaba todo a una carta. Debía salir de Mallorca con el contrato más beneficioso que hubiera obtenido jamás en lo que a promocionar la empresa se refería.

Comencé a notar una gran soñolencia, de modo que dejé el libro y me quedé dormida pensando en aquella reunión.

Vivía sola en un apartamento en la zona norte de Madrid. El poco tiempo que el trabajo me dejaba lo dedicaba a ir al gimnasio y a cuidarme en general. Aunque consideraba tener un gran físico, nunca está de más ayudar un poco a la genética, que había sido generosa conmigo.

Mi única familia era mi madre, una señora muy mayor con grandes problemas psiquiátricos, pues su estado mental había ido deteriorándose con el paso del tiempo. A veces la visitaba en fechas señaladas: Navidades, cumpleaños y poco más. Al ser hija única, me encargaba de su custodia legal. La había internado en uno de los mejores centros de cuidados especiales de Madrid, que pagaba religiosamente todos los meses para lavar así mi conciencia. Aunque no le debía nada, todo lo que aquella mujer pudiera recoger de mí era únicamente limosna; no consideraba que tuviera ningún deber moral hacia ella.

Mi niñez había sido normal, incluso se podría decir que feliz, pero mi vida dio un giro al llegar a la adolescencia; todo se me volvió gris y la felicidad se convirtió en la más horrible de las pesadillas. Desde ese momento todo cambió, y con los años creé una barrera protectora de un pasado que no quería recordar. Prefería vivir en un mundo irreal, protegida de toda aquella mierda familiar que me había tocado vivir.

Era independiente y vivía a mi manera, sin dejar que nadie se metiera en mi vida.

Algo más allá de las doce comencé a notar calor en mi piel. La intensidad del sol me despertó y pensé darme un baño, pero la piscina estaba llena de críos jugando y salpicando. El plan dejó de tener atractivo. No me gustaban mucho los niños, sabía que nunca tendría uno, estaba convencida de que no podría ser una buena madre, lo llevaba en la sangre.

Decidí que mejor subiría a la habitación a darme una ducha para quitarme el calor. Tenía además que repasar el contrato que iba a intentar firmar más tarde. No estaba preocupada, pero sí algo nerviosa, debido a las expectativas que aquel contrato despertaba. Estaba segura de conseguirlo, porque para eso había ido hasta allí, y estaba dispuesta a dejarme la piel si fuera preciso. Volvería a Madrid con el contrato firmado, de eso no había ninguna duda.

Cuando me dirigía a la ducha, sonó el móvil.

—¿Dígame?

—Hola, soy Carol, ¿cómo estás? ¿Sigues sola o has engañado a algún pipiolo para convertirlo en tu esclavo durante un par de días?

—Muy graciosa. Estoy sola y estupendamente. Hace muy buen tiempo y he pasado toda la mañana tomando el sol.

—Me alegro. Tengo una gran noticia que darte. Por fin, después de muchas noches de guardia, he conseguido terminar el artículo con fotos incluidas. Creo que esta vez los tenemos cogidos por los huevos.

—¿De veras? Me alegro mucho por ti, te lo mereces. Esos cabrones acabarán entre rejas.

Sabía que trabajó muy duro para hacer aquel reportaje. Llevaba tiempo detrás de pillar a unos empresarios que hacían uso y abuso del tráfico de influencias en la construcción

de centros comerciales. Seguro que habría algunos concejales metidos en todo aquello, aunque Carol en más de una ocasión me contó estar convencida de que las órdenes venían de mucho más arriba, pero de momento no se podía hacer más. Aquello era la punta de iceberg, y poco a poco lograría desenmascararlos.

—Espera, que aún no te he dicho lo mejor: me han dado unos días de vacaciones. González está un poco paranoico y quiere que desaparezca de la circulación hasta que se edite el artículo. Había pensado que podría pasar unos días contigo, así no estaré sola. Jorge se tiene que quedar en Madrid por si surge algún contratiempo de última hora. ¿Crees que te quedará tiempo para pasar unos días juntas?

—Pues claro. No creo que pueda volver hasta el lunes, porque tengo que conseguir la firma y me llevará algunas reuniones. Si vienes, te prometo que el resto del tiempo lo podemos pasar juntas. Lo único que no compartiré contigo son las noches —le dije riéndome.

—Eso da igual, puedo arriesgarme a pasar las noches sin ti.

—Está bien. Una vez que hemos dejado las cosas claras en cuanto a las noches, ¿cuándo vienes? Si González piensa que puedes correr algún peligro, cuanto antes estés aquí mucho mejor.

—Estaré allí mañana por la mañana. Pórtate bien mientras llego —dijo Carol con tono burlón.

—Estupendo. Hasta mañana entonces. Queda tranquila que intentaré ser buena, haz tú lo mismo y no te quedes sola en casa, que Jorge duerma esta noche contigo.

—No tenía que haberte contado nada. Todo es cosa de González.

Nada más colgar me tumbé en la cama; había quedado intranquila tras la conversación. Quería muchísimo a Carol, andábamos juntas desde hacía muchos años, e incluso

compartíamos piso; tan solo pensar en que le pudiera pasar algo malo me desesperaba. Era la persona más importante para mí, y la falta de afecto familiar lo llenaba con mi amiga. Carol era lo más parecido a una hermana mayor. Era como un ángel, siempre pendiente de mí. Yo, como era más egoísta, afectivamente hablando, siempre recibía más que daba.

Tenía una relación estable desde hacía tres años con un chico estupendo que se llamaba Jorge; los dos eran reporteros, e incluso trabajaban en la misma agencia.

Ella era feliz, cosa que yo no podía comprender. ¿Cómo se puede ser feliz con un solo hombre? ¿Cómo no se aburría de ver siempre la misma cara? Carol no era como yo, necesitaba el apoyo de una pareja para que su vida fuera plena. A mí los hombres me estorbaban siempre que estaban fuera de mi cama. No podíamos ser más distintas. Ella era calmada, responsable, ordenada y muy fiel en sus relaciones amorosas. En cambio yo era atrevida, arriesgada, extrovertida; siempre iba de flor en flor, tomando cada día como si fuera el último por disfrutar.

Me sentía orgullosa de ser así. Por mucho que Carol me recriminara, no tenía ninguna intención de cambiar, aunque me gustaba tenerla continuamente diciéndome lo que tenía que hacer, porque era una manera de sentirme querida. Pese a que nunca le hacía caso, en ocasiones, cuando perdía las riendas, Carol me volvía a encaminar hacia la buena senda.

Terminé de ducharme y bajé al comedor. Cuando entré a almorzar, en seguida un camarero me acompañó hasta mi mesa. La mirada de aquel hombre vestido de negro y con pajarita me repasaba. Eso me hizo sentir bien, me encantaba que los hombres perdieran el sentido con mi sola presencia. Los guapos y los menos guapos, cualquier hombre

me venía bien, aunque para llevármelos a la cama tenía el listón muy alto.

Tomé una ensalada de primero, tenía mucha hambre, pero no me permitía coger ni un solo gramo de grasa, por lo que siempre me levantaba con hambre. Poderse meter en una talla treinta y seis requería un gran sacrificio. Eché un vistazo al comedor y era la única persona sentada sola a la mesa, todos los demás estaban acompañados. Incluso había varias parejas bastante acarameladas, seguramente celebrando su luna de miel. Antes de que me sirvieran el segundo recibí una llamada.

—¿Sí? —pregunté, e hice una pausa—. De acuerdo, en diez minutos nos podemos ver, un saludo.

Me levanté y mientras salía todos los hombres se volvieron disimuladamente para verme. Pensé que había merecido la pena el esfuerzo de haber comido solo una ensalada. Me dirigí a la recepción.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Mónica? —inquirió el recepcionista con una gran sonrisa, disimulando que me había mirado antes al escote.

—El señor Javier Martínez vendrá preguntando por mí, ¿podría decirle que le espero en la cafetería si es tan amable?

—Por supuesto, vaya tranquila, en cuanto llegue se lo haré saber. ¿Necesita alguna cosa más?

—No, muchas gracias, pero si lo necesito serás el primero en saberlo —dije intentando coquetear.

Había llegado el momento de la verdad. La más prestigiosa revista de belleza y decoración tenía que aceptarnos como clientes en su campaña de publicidad.

Entré a la cafetería, me senté, saqué mis notas y me dispuse a esperar. Tenía sed, de modo que pensé que me daría tiempo a tomarme una copa. Pedí un *gin-tonic* con mucho hielo.

Un caballero se aproximó hacia la barra, tendría unos sesenta años, muy bien vestido, alto y con buena planta. La edad no desprestigiaba en absoluto el gran estilo que tenía. Fui a su encuentro al percibir que estaba algo des-
pistado.

—Buenas. ¿Es usted el señor Martínez? —pregunté mientras no apartaba la mirada de sus ojos, intentando desplegar todo mi encanto.

—Llámeme Javier, por favor. Usted debe ser la señorita Mónica Cobo —dijo, extendiendo su brazo derecho para darme la mano.

Alargué la mía y se la estreché con firmeza, quería hacer notar que estaba segura de mí.

—Si es tan amable de sentarse, podemos empezar cuando usted quiera —le dije.

Tomó asiento y me senté a su lado, cruzando las piernas de manera sensual. Estaba segura que a Javier le parecerían interminables.

—¿No esperamos a sus jefes?

—De la empresa solo estoy yo.

—Pensaba que su jefe la acompañaría para cerrar un trato tan importante.

Me di cuenta de que se sentía menospreciado por no ser recibido por uno de los directivos, pero los altos cargos de mi empresa no solían venir desde Norteamérica para cerrar contratos de *marketing*, para eso me contrataron a mí. Decidí que no vendría mal darle algo de coba.

—¿Le molesta que haya venido a la reunión? Tenía muchas ganas de conocerle, me han hablado maravillas de su trayectoria profesional, no estaría mal que me pudiera dar algún consejo alguien como usted, su fama le precede. Mis encantos no tardaron en hacer efecto y aquel lobo de los negocios se convirtió en corderito en cuanto desplegué mis armas.

Desde ese momento, con gran maestría, convencí al señor Martínez de los beneficios que la revista obtendría anunciándonos. Habíamos llegado a un rentable acuerdo y me sentía muy orgullosa de mí misma. Logré en una sola reunión lo que pensaba que me llevaría al menos tres días de interminables comidas y charlas.

Lo que más me alegró, además de haber conseguido el contrato, fue pensar que así tendría todo el tiempo libre para disfrutar de la compañía de Carol.

—Señorita Mónica, ha sido maravilloso tratar con usted, ninguno de sus superiores lo hubiese hecho mejor. Podríamos ir a celebrar que nuestras empresas van a trabajar juntas gracias a nosotros —dijo, intentando adularme—. Deberíamos tomarnos una copa en algún local de moda. No podría decirle dónde porque no conozco ninguno, pero usted es joven y la noche es larga, podremos disfrutarla juntos.

Aquel comentario me hizo pensar que quizá había tonteado demasiado y ahora Javier se me tiraba de cabeza. Tenía que parar aquello de forma elegante para que no se ofendiera ante mi negativa. De haber accedido le hubiese seguido creando falsas expectativas.

—Nada me gustaría más, pero mañana muy temprano sale mi avión y necesito descansar. Encantada de haberle conocido, espero que pronto volvamos a vernos. Le debo esa celebración —le dije con toda la delicadeza que pude.

—No se me olvidará, me lo apunto y en otra ocasión tendrá que cumplir con su palabra. Yo también estoy encantado de haberle conocido, señorita Mónica. Creo que es usted una persona muy profesional y que llegará donde se proponga.

—Muchas gracias, me llevo un grato recuerdo de esta reunión, y lo dicho, la próxima vez comeremos, o tomaremos juntos esa copa.

Con un fuerte apretón de manos me fui a despedir, pero Javier me la cogió en un último intento por conquistarme, la besó, y sin soltarla me atrajo hacia él.

—Lamento que el tiempo de estar junto a usted se haya acabado.

Respiré hondo por un momento y pensé que, pese a mis esfuerzos, aquello no iba a acabar bien e iba a tener que acceder a tomarme la dichosa copa con él.

Cuando salió de la cafetería me sentí aliviada. Sabía que no había parado de coquetear con él durante la negociación, insinuándome hasta ponérsela dura, pero una vez conseguido el objetivo no hubiera querido por nada del mundo tener que terminar tomando juntos algo.

Subí a mi habitación para ponerme cómoda, estaba deseando quitarme los zapatos de tacón. Repasé nuevamente el contrato que habíamos firmado y me metí en la cama con un sentimiento de triunfo que solo proporciona el trabajo bien hecho.